Emilio A. MOREL

En Voz Alta

DISCURSOS

32735

Contiene:

I Tres Realidades

II Solidaridad Nacional

III Compañero de Todos

IV Arreglo Dominico-Haitiano

V Un sólo frente periodístico

PALABRAS DE DEDICATORIA.

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTO DOMINGO, R. D.
OLIVS

BN
F0754

AL DOCTOR
Rafael Leonidas Trujillo M.

Presidente:

El poema homérico refiere que un dia, mientras los aqueos de broncineas lorigas y larga cabellera planeaban el asalto a los muros de Ilión para castigar al Priámida, raptor de Helena, un hombre cojo, bizco, corcovado y de cabeza puntiaguda denostaba al divino Agamemnón. El denostador, que se llamaba Tersites, era el más feo de cuantos dánaos y argivos sitiaban la murada Troya. Oyó los denuestos el ingenioso Odiseo, el protegido de Atenea, la diosa de los ojos claros; acercóse a Tersites, y, después de increparlo duramente, le dió con el cetro un golpe que le arrancó una gruesa lágrima y le dejó un cruento verdugón en las carnes. Rieron los circunstantes, y oyéronse estas palabras: ¡Oh dioses! Muchas cosas buenas hizo Odiseo, ya dando consejos saludables, ya preparando la guerra; pero esto es lo mejor que ha realizado entre los argivos: hacer callar al insolente charlatán. Cuyo ánimo osado no le impulsará en lo sucesivo a zaherir con injuriosas palabras a los reyes.

También vuestro nombre y vuestra obra tienen sus Tersites.... Fácil os será identificarlos, no tanto por la fealdad de sus cuerpos como por las huellas sangrantes que dejó en sus rostros la mano castigadora de los hombres buenos

Emilio A. MOREL

BN
RD865.44
M839e

TRES REALIDADES.

BNPU

MAS QUE UN DESEO DE LOS HOMBRES, LA REELECCION ES UNA EXIGENCIA DEL PRESENTE APOYADA POR EL PORVENIR.

TRES realidades se han puesto en pie ante el fallido intento de amenguar, en el extranjero, el nombre de la República: la ineficacia del antiguo medio de provocar desconcierto en la conciencia pública; la devoción con que esa conciencia rodea al Gobernante que ha sabido orientarla; y el carácter de universalidad que al deseo de reelegir a tan ilustre Gobernante, imprime esa devoción.

Hoy no sería fácil llevar cierto género de sobresaltos a la conciencia pública, porque esa conciencia está bien edificada sobre el conocimiento de los hombres. La imaginación del pueblo adoleció, por largo tiempo, de la enfermedad de aumentar el tamaño de las cosas y el de los hombres. De un disparo hecho en la sabana, hacía la imaginación un fuego cerrado. De un trueno que retumbaba en el Bahoruco, un duelo de artillería. En el mástil de un botecito pescador, veía la arboladura de un buque expedicionario. En cada delincuente que huía hacia la maleza, veía un desfile de insurrectos; en cada montaña, unas Termópilas; y en cada guerrillero, un Leonidas.

Esa imaginación fué el mejor aliado del espíritu levantisco. Ella alteró siempre, ante ese espíritu, el orden de las realidades y la disposición de los hechos. Ella armaba a los ambiciosos y les hacía creer que los gobiernos eran débiles, cuando esos gobiernos estaban en el apogeo de su fortaleza; ella oscurecía la reflexión de los descontentos que paseaban sus odios y sus miserias en el ostracismo, y los conducía, ciegos de rencor y de ignorancia, sobre la cubierta de un buque inseguro, a la costa donde los esperaba una tumba en la arena mojada, o a la frontera donde la muerte les daba una trágica bienvenida.

Esa imaginación, esa irreconciliable enemiga de la reflexión, ha llevado más dolores al hogar dominicano que las bocas de los fusiles. Esa imaginación enfermiza, tocada de exaltaciones febriles, armó en Puerto Rico, hace cincuenta años, la famosa expedición del General Cesáreo Guillermo. Las autoridades españolas avituallaron y municionaron esa expedición. Diéronle hombres, buques e impulsos. Y unos días después los militares al mando del General LILIS desbarataban para siempre a los expedicionarios sobre la histórica eminencia del monte CABAO.

Esa imaginación enfermiza organizó un día, en Turk's Ysland, una expedición al mando del valiente Perico Lasala y la arrojó sobre una desierta playa de la parte norte.

Figuraban en la expedición el Licenciado Enrique Jiménez, los Generales Pedro Peña Cifré, Rafael Rey, Domingo Flores, y otros que viven aún y que son partidarios del Presidente Trujillo. A poco de internarse los expedicionarios en la selva, fueron aniquilados por las tropas leales del Gobierno de Cáceres. En la acción quedó muerto Perico Lasala, el temido guerrillero de Burende...

Esa imaginación creó, entre nosotros, el tipo clásico del héroe de mentirillas. Dió título de proceridad a intonsos bravucones. Ciudadanos que habían nacido para dirigir funciones domésticas, para ser jefes de un hogar, fueron llevados por esa imaginación a la dignidad de jefes de estado.

Pero la carretera, el avión y el radio curaron a la imaginación de esa enfermedad y libraron al país de los peligros de esa imaginación. La supresión de las distancias acercó las realidades a los ojos. Los hombres y las cosas están hoy tan próximos al lente de la observación directa, caen tan de lleno bajo el dominio de la conciencia pública, que ni las cosas pueden tomar cualidades que no les son propias, ni los hombres apropiarse condiciones de que carecen. Y tenemos que, ni el histórico BAHORUCO, ni el ya indefenso JUAN CALVO, ni el inseguro MOGOTE ni el azaroso CERRO DE GURABO, hacen estremecer a nadie. En cam-

BIBLIOTECA NACIONAL - SANTO DOMINGO - D.N.

bio, LOS CERROS DE GURABO, el MOGOTE, JUAN CALVO y BAHORUCO pueden sentir en todas sus vértebras de piedra un escalofrío de miedo producido por alguno de nuestros "corsarios". Por la misma razón, ningún buque sospechoso pondría hoy temores en la costa; y es porque, a cien millas de esa costa, el avión del Capitán Félix podría hacer pedazos sobre el mar, no un buque, sino toda una escuadra.

Todo ello robustece en la conciencia pública el convencimiento de que, la única revolución que podría tumbar al Presidente Trujillo, sería una REVOLUCION DE PROGRESO más formidable que la revolución que él acaudilla!

Otra de las ponderosas realidades que se han erguido ante el frustrado intento de ocultar, a la mirada exterior, el vigoroso desenvolvimiento de la República, es la devoción con que la conciencia dominicana rodea al Gobernante que ha impreso a ese desenvolvimiento el sello de su patriótica inspiración.

Esa devoción difiere profundamente, en sus fundamentos morales y psicológicos, del sentimiento que llevaba ese nombre en el vocabulario de nuestra política tradicional. Por devoción se entendía, en otro tiempo, sumisión denigrantiva e incondicional a una causa; y dábase el título de CAUSA

a cualquier extravío morboso de la conciencia de un grupo. Devoción llamábase al fanatismo: al intemperante fanatismo que convertía en semidioses a los sujetos de su idolatría. Muchos de los hombres deificados por el fanatismo, perdieron su ascendiente sobre sus acólitos cuando llegaron al poder, porque en el poder revelaron su pobreza de condiciones para promover el bienestar de su pueblo.

En cambio, el Presidente Trujillo, que no fue al poder por la ensangrentada escalera del asalto ni por un movimiento de fanatismo popular, sino mediante una consciente, espontánea y libre decisión de la soberana voluntad del pueblo, ha ensanchado de tal modo su predominio moral y político, que esa voluntad se ha erguido para ratificarle su confianza en una nueva y soberana decisión.

El Presidente Trujillo cuenta con devotos; pero no con fanáticos. Su personalidad mueve a devoción, pero no a fanatismo; porque fanatismo es apasionamiento, y apasionamiento es ausencia de reflexión; y al Presidente Trujillo se le quiere y se le admira REFLEXIVAMENTE.

Si se le amara fanáticamente, quizá no sería tan arraigado su culto del deber ni tan profundo su desvelo por el bienestar común; pues como el fanatismo político no distingue entre el bien y el mal, —cuando quien realiza uno

u otro es el hombre-ídolo— la voluntad del Presidente Trujillo carecería de uno de sus principales estímulos, que es la reflexiva devoción de su pueblo.

Esa devoción es una forma implícita de reconocimiento, y tiene sus raíces en un definido estado de conciencia moral. Y cualquier acto de injusticia dirigido contra la personalidad o la obra del Presidente Trujillo, produce más indignación en la conciencia moral del pueblo, que en el ánimo del propio Presidente.

Esa devoción al Presidente Trujillo y a la causa nacional que él representa, es la que ha dado carácter de universalidad al deseo de reelegirlo. Más que un deseo de los hombres, la reelección es una exigencia del presente, apoyada por el porvenir.

En el momento en que la persuasiva voz de esa exigencia se desparrama por el mundo, en una anticipada afirmación de que un amplio y perfecto sentido del deber continuará impulsando nuestro desenvolvimiento desde la Presidencia de la República; en el instante en que esa afirmación abre en nuestro país un extenso campo de posibilidades económicas y atrae sobre nosotros las miradas del capital extranjero, de ese capital que sólo anda por los caminos reales de la estabilidad, de la garantía y del orden —que

son los caminos en cuya solidez se han destacado mejor la inteligencia y la voluntad constructora del Presidente Trujillo—; en el momento en que, como consecuencia de esa afirmación, aumenta nuestro crédito y alcanzan los bonos dominicanos una alta cotización..... una artera trama del odio, de un odio maridado con la calumnia y alentado por la envidia, pugna por proyectar sombras de desconfianza sobre un régimen político que nos ha permitido realizar, en tres años, más obras de progreso que las realizadas por las diez administraciones públicas de los últimos veinte años.

En esa trama —en la que hay más calumnia que odio y más envidia que calumnia,— resalta significativamente el hecho de que, el mismo pequeño sector de la prensa antillana que atribuía al gobierno pasado virtudes que nunca tuvo, mientras el pueblo dominicano mantenía un permanente estado de protesta contra la corrupción de aquel gobierno; ese mismo pequeño sector de la prensa antillana es el que hoy estimula toda manifestación contumeliosa contra nuestro Gobierno, mientras el pueblo dominicano proclama estruendosamente su adhesión a ese Gobierno, su compenetración con ese Gobierno y su determinación de alcanzar la plenitud de su desenvolvimiento bajo la égida de ese Gobierno.

La razón de esa actitud injuriosa, asumida intrusamente por algunos extranjeros, resalta a la vista. El gobierno pasado invirtió, en la compra de los elogios de esos extranjeros venales, sumas que debió invertir en obras de provecho nacional. Si el Presidente Trujillo hubiera conservado tan vergonzosa práctica, contaría con los elogios de una clase "chantagista" habituada a todo turbio tráfico; pero esos mismos elogios serían juzgados por la sensatez como una rotunda negación de la importancia de su obra y de la respetabilidad de su Gobierno.

Ese género de elogios conspira contra la seriedad de quien los acepta, y deshonra a quien los paga. Y al Presidente Trujillo sólo puede halagarlo el aplauso cordial con que la prensa de América y la de Europa lo sorprenden, día tras día, inclinado con amor sobre el yunque donde su voluntad está forjando la más fecunda, la más duradera y la más coherente obra de gobierno.

Presidente Trujillo!

Cuando el pueblo creía que estabais entregado al reposo del cuerpo y del espíritu en esta dársena de seguridad y de amor que se llama Santiago, os vimos lanzar, presa de un

excelso delirio de acción creadora, un programa de noventa obras públicas, que representarán noventa conquistas para el país y noventa victorias para vos; y en el momento en que la sensación de esas victorias estremecía anticipadamente vuestro corazón y el corazón del pueblo, un grito escapado de las tinieblas del alma ha querido interrumpir a esos dos corazones en el disfrute de esa sensación y en la comunión de sus ideales.

Y ese es un grito de infidelidad a la República, porque es lanzado en el instante en que vuestra fe y vuestro patriotismo van a consolidar la independencia del porvenir con un 30 DE MARZO de progreso!

Pronunciado en la ciudad de Santiago de los Caballeros el día 24 de octubre de 1933.

SOLIDARIDAD NACIONAL.

EN TODAS PARTES ES-
PLENDE LA GLORIA DE
UNA SOLA BANDERA Y ES-
PEJEA EL METAL DE UN
SOLO ESCUDO.

BNPHT

ESTAMOS ofreciendo a la República lo mismo que la República está ofreciendo al mundo. Este magnífico espectáculo de solidaridad consciente, emuladora y edificativa, no es más que una reproducción en pequeño de un espectáculo mucho más comprensivo en su significación, mucho más vasto en su alcance y mucho más trascendente en sus repercusiones históricas: el espectáculo de solidaridad nacional que hoy ofrece la República.

El espectáculo de esta asamblea, pues, no tiene otro mérito que aquel que le dan la fidelidad, el sentido y la exactitud de su reproducción. De igual modo que el espectáculo que ofrece al mundo la República Dominicana no tiene otro título para merecer el aplauso universal, que el de ser la expresión de un todo coherente, armónico, indestructible por la unidad de sus fuerzas y respetable por la virtud de esa unidad.

Colocado el pueblo dominicano bajo la égida de esa unidad, que es como una torre sobre la cual se han almacenado elementos de acción para un siglo de realizaciones

y elementos de defensa para una lucha de siglos, ¿qué otra aspiración puede agitar el espíritu de ese pueblo, como no sea la aspiración de ver perennemente asomada en las almenas de esa torre a la misma voluntad que ha estado estremeciendo el espacio con el ¡quién vive! de un patriotismo vigilante?

Y, ¿bajo qué otra voluntad podría erguirse mejor, frente a las sombras de lo imprevisto y a las dudas del tiempo, la simétrica figura de esa torre, como no sea bajo la misma voluntad que extrajo de canteras desconocidas aún las piedras de esa torre, y que, por haberles dado trabazón perdurable, conoce mejor que todas las voluntades los flancos que la hacen inaccesible y los secretos que la hacen invulnerable?

Y, ¿qué otra cosa podría dar a la vida, al reposo y al sueño de la familia dominicana una sensación más honda de confianza, que la circunstancia de saber que desde la torre de su seguridad vela por ese sueño, ampara ese reposo y magnifica esa vida el genio insuperable de su constructor?

Ojalá, Señores, que esta asamblea, al reproducir el vasto, el trascendente, el armonioso espectáculo de la solidaridad nacional, reprodujera también, entre los temblores de su emoción y los estremecimientos de su optimismo, un senti-

miento público que es tan armonioso y tan vasto como esa solidaridad, de la cual parece ser la más conspícua personificación: sentimiento que ya está ansioso por atravesar, como una flecha, los caminos del tiempo, para ir a caer en las urnas del 1938 y salir de ellas convertido en soberana decisión nacional!

Al lado de ese sentimiento caminan los entusiasmos, los ideales y las esperanzas de la región oriental; y esa región, cuya voz se ha hecho realidad en este mensaje, proclama URBI ET ORBE la necesidad imperiosamente ineludible de la reelección, da un paso hacia adelante en el camino de esa soberana decisión, y se constituye en ala izquierda de un ejército que tiene su frente en todas partes porque en todas partes esplende la gloria de una sola bandera y espejea el metal de un solo escudo: el nombre y la obra del Presidente Trujillo!

Pronunciado en Ciudad Trujillo, en la manifestación política del dia 17 de noviembre de 1935.

COMPAÑERO DE TODOS.

....SIN EL PRESIDENTE TRUJILLO, NUESTRA CLASE NO SE HABRIA AFIRMADO SOBRE LOS ESTRIBOS DEL PRESENTE, NI SERIA DUEÑA DE UNA POSICION QUE PONE EN SUS MANOS EL DOMINIO ANTICIPADO DEL PORVENIR.

SU Excelencia el Señor Presidente de la República, Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, de quien he recibido el honrador encargo de ofreceros, a su nombre, este agasajo en ocasión del Dia del Periodista, da a nuestra clase una nueva seguridad de que, en la misma mano que se está desangrando en el empeño de romper el vientre seco de las rocas para hacerlo fecundo con el agua, tiene también esa clase la mano fraterna y cálida del más gentil de sus compañeros.

Eso ha sido el Presidente Trujillo para nosotros en todo el curso de la admirable empresa de gobierno con que esta convirtiendo en realidad los más altos designios de la confianza nacional; eso ha sido, un compañero! Pero no un compañero de éste o de aquél, sino un compañero de todos; y hasta en el sentido de las distinciones que él ha otorgado a no pocos de nuestros camaradas, se hace visible el sello de una estimación que no admite, en nuestra clase periodística, más diferencias que las que establece cada miembro de esa clase por la sola virtud de su propia actuación. De ahí que para tan eminente camarada no fenga ninguno de

nosotros motivo personal alguno de reproche: como no fuere la circunstancia, humillante para nuestro periodismo, de haber sido alguna vez el Presidente defraudado en sus esperanzas de amigo, de patriota y de gobernante por quienes no tuvieron una justa comprensión del apostolado de la prensa.

Compañero de todos, porque a todos ha abierto en su corazón el Presidente una puerta que no se abre con ruido, ni en la claridad indiscreta, ni en las horas rubias del bienestar; sino en silencio y a la sombra, y cuando el dolor ha llamado inútilmente a las puertas cerradas de otros corazones... Compañero de todos porque, para casi todos, ha tenido el estímulo de un elogio sincero, dirigido siempre a la exultación de la obra ajena: estímulo vigoroso que al pasar sobre toda imaginación creadora, la deja encinta!

Ese prominente camarada, cuyo espíritu de solidaridad con nosotros se manifiesta hoy magníficamente en el deseo, no de proporcionarnos la fugaz sensación de un placer frívolo, sino una sensación fecunda en trascendencias espirituales, nos ha ofrecido en la consagración legal del Día del Periodista la ocasión de que reconozcamos en nosotros mismos la existencia de una personalidad que, no obstante su lamentable falta de acción coherente en determinado sector de su actividad, tiene a su

cargo un apreciable por ciento de deberes y de responsabilidades en la estructuración y en el Gobierno de la nueva República. La conducta seguida por el Presidente Trujillo respecto del periodismo dominicano, y, en general, de nuestras clases intelectuales, y la manera franca como estas clases y este periodismo han reciprocado esa conducta, parecen fijar la naturaleza de esas responsabilidades y la extensión de esos deberes.

Sin nosotros, la obra del Presidente Trujillo no destacaría tánto la fuerza expresiva de los altorrelieves con que ella mueve la admiración del mundo; y sin el Presidente Trujillo, nuestra clase no se habría afirmado sobre los estribos del presente, ni sería dueña de una posición que pone en sus manos el dominio anticipado del porvenir. Tal correspondencia entre los hombres que agitan la opinión y el Gobernante que edifica esa opinión a través de esos hombres, establece entre el Presidente Trujillo y la intelectualidad dominicana un linaje de vinculaciones que, conducidas con una leal y decorosa comprensión de nuestros deberes, harán el milagro de un engrandecimiento patrio tan vasto como el que proyectó su sombra sobre el mar de los sueños de FEBRERO y AGOSTO, y tan magnífico como el que está surgiendo del mar de empeños en que, trocando en realidad esa sombra, se rompe en pedazos de bien la vida del Presidente Trujillo.

Compañeros:

Al asumir, en mi carácter de periodista, una representación que yo me hubiera apresurado a rehusar en cualesquiera otras circunstancias, más que por imperativo impulso de mi modestia por el temor de no poder abrillantar la dignidad de esa representación, ni de poder justificar mi entusiasmo al reverenciarla ni mi regocijo al honrarme con ella; al asumir ante vosotros, juntamente con el encargo que acabo de dejar cumplido con pobreza de formas pero con abundancia de sanas intenciones, la representación personal con que me ha distinguido la gentileza del Excelentísimo Señor Presidente de la República, Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, no creo equivocarme al expresar que la honra de esa alta representación alcanza en iguales términos a todos los representativos de la prensa dominicana, porque todos ellos hacen milagros de aportaciones valiosas a la obra del engrandecimiento de la República en su deseo de servir a quien realiza esa obra, a quien es el más gentil y generoso compañero de nuestra clase porque nos da una desinteresada participación de gloria en su obra inmortal...

Pronunciado en el Banquete con que su Excelencia el Presidente de la República, Dr. Rafael L. Trujillo M., agasajò a los hombres de la prensa el dìa 1o. de febrero de 1936, en ocasiòn del Dìa del Periodista.

ARREGLO DOMINICO-HAITIANO.

FRENTE A LOS DISCURSOS DE PALABRAS ESTA PRONUNCIANDO EL PAIS EL GRAN DISCURSO DE LOS HECHOS.

EL país tiene más que enseñar a los políticos, que los políticos al país. Porque el país es el que está viviendo de veras las realidades de una nueva vida: de una vida que es utilidad en los puentes, abundancia en las siembras, facilidad en los caminos, provecho dondequiera, seguridad en todas partes y paz a toda hora. Los políticos desconocen, en su mayoría, la significación y el influjo de esas realidades que forman un evangelio de trabajo en el que la acción se llama Jesús y la política se llama Judas.

Frente a los discursos de palabras está pronunciando el país el gran discurso de los hechos. Ninguna garganta puede dar un grito más alto ni más estremecedor que la garganta del pueblo. Y al pueblo de hoy no lo estremecen gritos de palabras porque las palabras perdieron al pueblo cuando pudieron salvarlo y le arrebataron la fe cuando el pueblo pudo haberse salvado por sí mismo. El crédito de estas realidades no es para ser cantado por palabras en descrédito. El pueblo habla por la boca de esas realidades y sólo escucha lo que sale de esa boca. Por eso, cuando los políticos le

predican la reelección, el pueblo se sonríe: sencillamente, porque la reelección es una iniciativa del pueblo y una imposición del pueblo a los políticos; y el único orador que debiera aturdir al pueblo con un discurso sobre la reelección, sería aquél que pudiera formar con letras de acción sílabas de obras, con sílabas de obras palabras de progreso, y con palabras de progreso el rico y armonioso vocabulario de la grandeza nacional: y ese orador único sería el Presidente Trujillo!

Acerca del arreglo dominico-haitiano más tiene el país que decirnos a nosotros, que nosotros al país. Porque es el país el que ve rota a sus pies la cadena de un siglo de inquietudes, y es el país el que tiene delante siglos de reposo espiritual y de comprensiva convivencia con un vecino que fué víctima de las palabras, como nosotros, y que, como nosotros, hace hoy la guerra a las palabras para obtener la paz de los hechos.

Ese arreglo ejemplarizador, civilizador, verdaderamente emancipador porque salva a dos naciones que vivían imponiéndose mutuamente la esclavitud de un antiguo desacuerdo de fronteras; ese arreglo, que el pueblo sabe sentir, querer y apreciar mejor que los políticos menesterosos de rehabili-

tación, adoradores ocasionales de la gloria ajena, ofrece a la República Dominicana el más justo motivo para sentirse digna de su tiempo y orgullosa del Gobernante que ha elegantizado los hombros de su soberanía con la clámide de una alta dignidad internacional.

Pronunciado en el Senado de la República el día 24 de marzo de 1936, al votar la ratificación del acuerdo fronterizo.

UN SOLO FRENTE PERIODISTICO.

. . . . UN IDEAL DE ENGRANDECIMIENTO LLEVA LA VOZ DE MANDO, MIENTRAS UNA SOLA VOLUNTAD PROCERA EJECUTA LOS DESIGNIOS DE ESA VOZ.

Excelentísimo Sr. Presidente Trujillo;
Honorable Invitado de la Prensa Dominicana, Dr. Vincent:

UN sentimiento de justicia que se hace más hondo a medida que la mirada se adentra en vuestros empeños y más firme a medida que la admiración se detiene ante vuestra obra, congrega esta noche alrededor de vuestra personalidad a los representativos todos de la prensa dominicana: de la misma prensa a que habéis dado frecuentes oportunidades para hacer fructífero su apostolado, brillantes motivos para enaltecerlo, singulares ejemplos para reafirmarlo, sostenidos impulsos para que no se detenga y argumentos triunfantes para defender airosamente la capacidad dominicana.

Este acto, en el que sostienen pugna noble por hacerse realidad en las palabras sentimientos de gratitud y simpatía que han agotado ya, en la prensa vernácula, las más ricas formas de expresión; este acto no es otra cosa que la espontánea culminación de un homenaje continuado en todo el curso de vuestro ejercicio y que se inició desde el día en que un reverenciable designio histórico plantó en el poder la bandera de vuestra voluntad.

Este homenaje hubiera sido juzgado como la concepción

deleznable y febril de algún temperamento apasionado en aquel tiempo en que la pompa hinchada de una literatura política ocupaba el lugar preeminente de las cuestiones fundamentales del Estado. Aquella literatura, en la que sólo se hablaba de algún puente, generalmente inseguro, cuando lo hacía saltar hecho pedazos la demencia sediciosa, o cuando sobre sus tablas rotas caían, rotas también, las vidas útiles bajo el fuego de los fusiles escondidos en las sinuosidades de la barranca; aquella literatura, en la que se entonaban himnos a la libertad para armar contra ella los brazos de la holgazanería, llenaba los bordes, infecundos entonces, de la prensa y se derramaba sobre la comunidad nacional en torrentes de odios, de violencias, de crímenes, de claudicaciones y de contemporizaciones con el deshonor.

De modo que este acto, que habría sido un violento contrasentido dentro de la realidad de ayer, es una bella manifestación de unidad armonizable con la magnífica realidad de hoy. Manifestación de la unidad de un solo frente periodístico, en el que un ideal de engrandecimiento lleva la voz de mando mientras una sola voluntad procera ejecuta los designios de esa voz.

Tal unidad implica uniformidad y profundidad de acción y de propósitos. Y todo ello implica, naturalmente, ausencia absoluta de oposición. No hay oposición porque no hay

motivos para haberla, y porque las condiciones de organización en que se desenvuelve hoy la existencia de la República, rechazan todo sistema político de ideario camarillesco. toda tendencia que encubra formas tradicionales de aquel caciquismo que empuñaba en las manos aspérrimas una bandera roja y trazaba en ella dos cuarteles azules y una cruz blanca para sorprender a la República con la más sacrílega falsificación de la bandera nacional.

Porque las condiciones de organización de la República Dominicana son perfectas, —de una perfección que tiene su mejor exponente de virtud institucional en la obra que vuestro patriotismo ha realizado con el portentoso concurso del varón ilustre que ahora se destaca a vuestro lado como se destacará mañana en la historia—; porque esa organización constituye una sobresaliente contribución a los altos ideales de la civilización, podéis ufanaros, Excelentísimo Presidente Trujillo, del título que os acredita para asumir una actitud gallarda en la dirección de los destinos humanos; y vos habéis honrado ese título en tres oportunidades solemnes: al predicar, con la palabra, el evangelio de la paz en el Chaco; al predicar, con el ejemplo, el evangelio de la fraternidad en Puerto Príncipe; y al ofrecer la cálida mano

fraterna de vuestra cooperación al admirable Presidente Roosevelt para crear en América un ambiente de común seguridad internacional.

Excelentísimo Señor Presidente:

El recuerdo de nuestros grandes periodistas muertos se asocia esta noche al homenaje que tributamos al más grande de nuestros hombres vivos; porque a ellos, que se fueron a la tumba soñando con la patria nueva que vos estais forjando, los alcanzan los beneficios de este fecundo reposo espiritual que nos permite cuidar amorosamente esa tumba, y quemar ante ella el incienso de una veneración agradecida... Sus manes están presentes en la significación de este acto y en el encanto de esta noche.

A quien tánto ha hecho por todos, y a quien todo lo ha hecho en una extensión comparable sólo a cuanto ocupa, en crecientes anhelos de nuevas realizaciones, vuestro pensamiento y vuestra voluntad, no pueden la gratitud y la admiración tributaros un homenaje sin vincular a él formas inequívocas de devoción. Al ofreceros, pues, los periodistas dominicanos este homenaje, —al que dan significativo realce compañeros y representantes de grandes países amigos,—

os desean expresar cómo la cadena de esa devoción los ata a vuestra obra, cómo vuestra obra los ata a vuestro nombre, cómo vuestro nombre los ata a vuestro destino, y cómo vuestro destino, atándolos a una gloria limpia que es la vuestra, los hace colocar guardia de honor en torno de vuestra vida, en tanto que esa vida se da en obras de bien a la patria.

Discurso de Dedicatoria pronunciado en el Banquete-Homenaje ofrecido por la prensa nacional, en el Palacio del Senado, al Excelentísimo Presidente de la República, Doctor Rafael L. Trujillo M., el dìa 13 de abril de 1936 en ocasiòn del Dìa Panamericano.

I M P R I M I O

"Tipografía Cambier"

en mayo 31 de 1936

y en Ciudad Trujillo,

Distrito de Santo Domingo,

República Dominicana.